

A M A U T A

REVISTA MENSUAL DE DOCTRINA, LITERATURA, ARTE, POLEMICA

DIRECTOR: JOSE CARLOS MARIATEGUI

GERENTE: RICARDO MARTINEZ DE LA TORRE

Nº 19

NOVIEMBRE—DICIEMBRE DE 1928

AÑO III

EL CAPITAL FINANCIERO, por Eudocio Rabines.



UESTRA época está caracterizada por la supremacía del capital financiero en las relaciones de producción y, por ende, en las relaciones sociales. El desenvolvimiento capitalista atraviesa en nuestros días su estadio integral, acercándose a la meta de su vertiginosa carrera. En su fórmula presente —Capital Financiero— se sintetizan y condensan todas las contradicciones, todos los antagonismos engendrados por el sistema económico contemporáneo. La comprobación de que esta etapa es la última etapa del capitalismo, exige el análisis previo de la biología de la presente realidad económica, de la realidad ancestral que le sirvió de matriz y de las diferentes fases por las que ha atravesado en su evolución histórica.

*
* *
*

La búsqueda y la elucidación de los orígenes del sistema capitalista siguen nutriendo el afán y la polémica de los corifeos de la economía vulgar, como sucedió con los más conspicuos constructores de la economía clásica. El coronel-economista inglés, Robert Torrens, que veía en el primer cayado del salvaje, en la primera piedra que lanzó el pitecántropo para abatir al animal de caza, el alfa del sistema capitalista, encuentra aún continuadores de su empirismo primitivo. Slinimsky, al hacer la crítica de Marx, nos invita, con criterio geológico, a un viaje hasta las cavernas para hacer el descubrimiento. Leroy Beaulieu sostiene que "el capital consiste en la acumulación de provisiones y herramientas, es decir de instrumentos de trabajo". (1). Charles Gide, economista genuino de la pequeña burguesía, ecléctico y confusionista, como buen pequeño burgués, amante de la "mesure française", propugna una tesis comparable a la de Sancho en el episodio del baciyelmo: "En el principio modesto instrumento del trabajador manual, el capital se ha desprendido poco a poco de sus manos pasando a las de los ricos. En el principio, instrumento de producción, ha devenido frecuentemente instrumento de lucro". (2).

Tales tesis, como todas sus similares, confunden el capital con el producto del trabajo, con la mercadería o con el instrumento de producción. Y el capital, en su acepción moderna, es una categoría económica que comprende a éstas pero que no puede ser confundido con alguna o con algunas de ellas. Consideran, además, el capital como una fórmula permanente, perdurable, variando tan sólo en cantidad a través de su desenvolvimiento histórico. Olvidan que, en todo proceso dinámico, toda transformación cuantitativa determina una transformación cualitativa. La cantidad se transforma en calidad, como demostrara Hegel. Y las profundas transformaciones que ha sufrido el capital, no sólo cuantitativa sino cualitativamente, son constatables ante mas elemental intento de análisis científico de la Historia.

El agonismo humano, frente a la Naturaleza, obra y ejecuta compelido por un imperativo vital, mas categórico y menos gaseoso que el imperativ antiano. Impulsado por aquella voluntad que la filosofía socialista denomina la voluntad de vivir. Nó el casuístico libre-albedrío de los Santos Padres, ni la volición libre, subjetivista y anárquica

de los filósofos idealistas, inventada para servir al placer solitario de estetas y soñadores, sino la voluntad determinada por la realidad del ambiente, por las circunstancias históricas, por el avatar de las relaciones sociales.

Este imperativo vital, esta voluntad de vivir, astringen al hombre al trabajo útil y a fabricar y servirse de sus instrumentos de producción. Por ende, ninguna definición mas neta del homo sapiens que la que le aplicó Benjamín Franklin diciendo que "el hombre es un animal que fabrica herramientas". Instrumentos de producción, mediante los cuales inicia y alcanza su victoria sobre la Naturaleza.

El empleo de la herramienta, por burda que fuese, facilitó la vida, haciendo factible el crecimiento de la población, fenómeno que determina la ampliación y el estrechamiento de las relaciones sociales. La diversidad natural de los productos y el aumento de la producción, resultante de la extensión social del trabajo colectivo, condicionaron el establecimiento y la generalización del intercambio de los productos del trabajo. Cada núcleo de productores cambió lo que le fué supérfluo por lo que le era necesario. La función progresional de este intercambio creó la necesidad de buscar una medida, un equivalente común para cada producto o cantidad de productos. Mediante un laborioso proceso económico-social este equivalente se cristalizó en una materia incorruptible y rara que se tornó representativa: el metal precioso, luego la moneda. "La forma primitiva del comercio de mercaderías fué el trueque pero la extensión de las transacciones hizo necesario el dinero. Con la invención del dinero el trueque se cambió necesariamente en comercio de mercaderías y éste, en contradicción con su tendencia primitiva, devino la Crematística, el arte de hacer dinero. La Crematística se distingue de la Económica en que aquella mira en la circulación la fuente de la riqueza; parece rotar alrededor del dinero, principio y fin de este género de cambio". (3). Así, el producto primitivo, categoría simple, aparece transformado en mercadería, categoría compleja. La primera no representa sino un simple valor de uso en tanto que la segunda engendra la oposición entre el valor de uso y el valor de cambio. El dinamismo de esta segunda categoría engendra el fenómeno económico de la circulación de mercaderías.

En el proceso de la circulación, la moneda, mercadería seleccionada para facilitar el intercambio, aparece constituyendo la medida del valor de las demás, la expresión del valor de cambio de frente al valor de uso. Su intervención constante entre los dos polos de la transacción, la compra y la venta, la transforma en el instrumento dinámico de la circulación y da origen a su primitivo carácter de simple numerario.

El estadio pre-capitalista

La estructuración de una sociedad cuyos fundamentos descansan sobre la propiedad privada, fué la causal de que este simple numerario adquiriese la capacidad de devenir tesoro. Producto de fuerza social se transformó en fuerza individual, al servicio de intereses privados. El deseo de acaparar dinero, el ansia de atesorar, nació en la conciencia humana y se apoderó del hombre con la fuerza agresiva de una necesidad vital, de una pasión irreductible. Se codicia el dinero y consecuentemente todos los objetos factibles de transmutarse en él. Se busca la mercadería primordialmente, no en su calidad de valor de uso, para

satisfacer las necesidades inmediatas en la vida, sino en su calidad de valor de cambio para transformarla en dinero. Este acaparamiento constituye la base de la usura y del comercio, formas específicas de una etapa embrionaria, de una fase primitiva, pre-capitalista.

Es evidente que entre las culturas de la antigüedad existieron gérmenes y aún modalidades relativamente avanzadas, de ambas formas de acumulación. Entre fenicios y helenos, cartagineses y romanos, se desarrolló una clase de mercaderes que hacía el tráfico de esclavos y productos entre las ciudades y a través de los mares, estableciendo colonias y ejerciendo la piratería. Los métodos empleados en sus actividades no difieren sustancialmente, malgrado los ambientes y la distancia en el tiempo y en el espacio: "nada más erróneo que considerar el tráfico mercantil como una actividad pacífica. El mercader primitivo era por naturaleza aventurero, depredador y tan inconsideradamente agresivo, que no respetaba nada". (4). Los templos fueron centros mercantiles y casas de usura: el de Delos prestaba dinero al 10 por ciento y los fondos provenían de toda clase de negocios. Las vírgenes de Afrodita, por ejemplo, que se vendían a los extranjeros durante las festividades de la diosa, debían donar al templo el producto del himeneo. La usura fué profesionalmente ejercida: los "trapezistai" griegos y los "argentarii" romanos fueron a la vez que cambistas—comerciantes de moneda,—rapaces usureros y compra-venteros de esclavos. La restringida sociedad antigua fué asimismo convulsionada por la fiebre del dinero, tanto como la de nuestros días: "nada como el dinero ha suscitado entre los hombres tantas malas leyes; él divide a las ciudades y arroja a los moradores de sus hogares; él arrastra las almas más bellas hacia lo que hay de vil y de funesto para el hombre, enseñándoles a no ver en todas las cosas sino el mal (5).

A pesar de las semejanzas exteriores de esta realidad histórica, es evidente que las sociedades ancestrales—la cultura apolínea y la cultura mágica—no lograron salir de los moldes primitivos. El sistema y los métodos de producción permanecieron intangibles; la moneda no alcanzó su etapa superior de medio general de pago, ni pudo adquirir el carácter de instrumento ecuménico de la circulación. Entre el mundo desconocido y el mundo conquistado hubo una desproporción gigantesca. Y entre los elementos que constituyeron éste, predominó un divorcio total. Divorcio incontestablemente demostrado por el sistema, los métodos, la organización y las fórmulas implantadas durante la etapa subsiguiente, denominada por Spengler la Primavera de la Cultura de Occidente.

Después de la caída de Roma se pierden los vestigios del antiguo sistema de circulación. Las fértiles campiñas de antaño se convirtieron en eriales, el comercio marítimo, en ínfima escala, se refugió en Bizancio y la hegemonía de las ciudades, centros comerciales y administrativos, fué reemplazada por la supremacía del feudo, representado por el castillo y el señor, cimentado en la gran propiedad fundiaria.

Desde el punto de vista económico el Imperio no lega al Occidente sino el molino de agua, como instrumento de producción, la miserable moneda de cobre llamada "denario de plata"—de valor inferior a dos céntimos de dólar—como instrumento de circulación y la exigua galea de remos como instrumento de transporte. Quizás también el amor a los metales preciosos, trabajados en piezas de adorno y de servicio, como parece desprenderse del espíritu de la Voluspa, uno de los cantos

de los Eddas, denominado por Carlyle "la profecía saljave del antiguo Edda" (6).

Las relaciones sociales, la producción y la vida, tomaron durante el Medioevo un cariz bien diferente del que predominó en períodos anteriores "La vida económica estaba subordinada al principio de la satisfacción de las necesidades. Campesinos y artesanos buscaban, mediante su actividad económica normal, la manera de asegurarse la subsistencia y nada más" (7). Las Cruzadas, que no fueron sino guerras comerciales, bien que disfrazadas bajo el signo de la cruz, no acaecieron sino en el siglo XI cuando Génova, Florencia, Amalfi y Venecia, iniciaban su desenvolvimiento económico. Desde el punto de vista sociológico es incontestable que la codicia del dinero, característica específica de la época capitalista, no dominó el espíritu, ni rigió los destinos de la sociedad del Alto Medioevo. "Solamente después que la economía a base de dinero ha devenido la forma general de la vida económica, el dinero ha podido conquistar el lugar preponderante que no ha cesado de ocupar desde entonces y que explica, a su vez, el gran valor que se le atribuye" (8).

En consecuencia, no es posible buscar en la sociedad antigua, la génesis del capitalismo contemporáneo. De manera análoga que si estudiamos los orígenes del vapor, como fuerza económica, no iremos a buscarlos en la vasija bullente del hombre primitivo, ni siquiera en los inventos de Papin y Newcomen, sino en su aplicación a los telares manufactureros de Arkwright y James Watt.

En el estadio pre-renacentista, Génova y Venecia en el Mediterráneo, la Liga Hanseática en los mares Báltico y del Norte, abren la etapa del apogeo del comercio, antecesor genuino del capitalismo contemporáneo. El descubrimiento y la ocupación de América, la colonización de África, el paulatino sojuzgamiento de Asia, transforman el restringido mercado europeo en mercado mundial. La circulación de mercaderías toma entonces la contextura de un fenómeno cosmopolita y ecuménico. La alquimia abandona sus envolturas de sortilegio para orientarse hacia la piedra filosofal. La fiebre del dinero abraza a esta sociedad, sacudida, como un cataclismo, por los tesoros de Atahualpa y Montezuma, por las especias de la India y las riquezas del litoral africano. La moneda deviene instrumento general de pago e intermediario universal de la circulación. Los monjes templarios se convierten en prestamistas internacionales. El valor venal gana los más nobles resquicios humanos. Las religiones se ponen ávidamente al servicio del nuevo dios: "documentos bien antiguos prueban que comenzaba a criticarse "el amor vergonzoso" al lucro de parte del clero... Un observador imparcial y sereno como L. B. Alberti—Libri della famiglia—dice que en su tiempo no había un solo sacerdote a quien no pudiera reprocharse un amor excesivo al dinero. He aquí, por ejemplo, lo que dice del papa Juan XXII "tenía muchos defectos, entre otros el que hoy día es común a todos los clérigos: ama el dinero sobre todo, al punto de estar listo a vender todo lo que se halla a su alcance" (9). El historiador Michelet resume así la historia del siglo XIV: "la época a la que hemos llegado debe ser considerada como la del advenimiento del oro. Es el dios del mundo nuevo en el que entramos. Fisco y Pueblo no tienen sino un grito: el oro!" Y Cristóbal Colón, en carta a Isabel la Católica, resume magníficamente el estado de alma de su tiempo: "el oro es excelentísimo. Con él

se hace tesoro y con el tesoro, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo y llega que echa las ánimas al paraíso" (10).

El capital usurario y el capital comercial, que fueron las categorías económicas predominantes de aquella época, no constituyen sino los prolegómenos del capitalismo actual, el elán del colonialismo y la matriz del sistema capitalista. Ni el comercio, ni la usura, son capaces de engendrar valor, de crear plus-valía, alma mater del capitalismo. Prestar dinero para recibirlo aumentado, comprar barato para vender caro, no es de ningún manera, crear valor. Dentro del proceso económico, no puede haber, en tales operaciones, creación de valor: lo que embolsa el prestamista lo desembolsa el prestatario, lo que gana el vendedor lo pierde el comprador. Lo que el uno recibe el otro lo dá. Hay acumulación, acaparamiento de riqueza, pero no creación de valor. De aquí la pertinente definición que Benjamín Franklin hace del comercio: "la guerra no es sino el bandidaje, el comercio no es sino el fraude". Por otra parte, ni el comercio ni la usura, transforman ni revolucionan el sistema de producción. Ese rol le estaba reservado al capitalismo industrial, capitalismo genuino, verdadero engendrador de plus-valía, es decir de valor nuevo. Para que naciera hubo necesidad de un ambiente propicio: el mercado mundial, la moneda universal, la circulación ecuménica de las mercaderías y la aparición en el mercado de una mercadería capaz de engendrar valor. "La producción de mercaderías y su circulación desarrollada, es decir el comercio, constituyen los factores que hacen nacer el capital. Es en el siglo XVI que el comercio y el mercado mundiales, abren realmente la historia moderna del capital" (11).

Biología del Capitalismo.

La inmensa expansión del mercado, resultante de la colonización efectuada por los pueblos comerciantes, y el enriquecimiento de las metrópolis colonizadoras, tornó insuficiente la producción del artesano y de las corporaciones, limitada a la satisfacción de los exigüos mercados vecinales. Para poder responder a las nuevas necesidades fué indispensable el perfeccionamiento de los instrumentos de producción. En este periodo inicial del capitalismo surgió la manufactura. El poseedor del dinero, de simple prestamista, o comprador y vendedor de objetos de uso inmediato, devino acaparador de materias primas, privando así al artesanado de los medios necesarios para producir independientemente, por mucho que algunos sectores corporativos trataron de adaptarse a las nuevas modalidades económicas. Con la manufactura, el instrumento individual se transforma en instrumento colectivo, pero lejos de surgir perteneciendo al productor individual o a la colectividad productora, cayó desde entonces bajo la propiedad del poseedor del dinero. La corporación dirigida por el maestro de taller, después de una lucha desesperada, se derrumbó ante el empuje del nuevo taller manufacturero dirigido por el flamante capitalista. A la antigua división profesional del trabajo, dentro de la colectividad social, sucedió la división técnica del trabajo dentro del taller manufacturero y mediante el proceso más violento, el capitalismo naciente obtuvo la separación entre el productor y sus instrumentos y medios de trabajo. El antiguo productor de otrora, dueño de su material y su herramienta, se vió entonces expropiado, reducido a la situación más precaria y en la imposibilidad de seguir produciendo libremente.

La necesidad creciente de materias primas para alimentar la manufactura y el comercio, a fin de obtener mayor lucro, condujo la expropiación a sus límites extremos. Las comunidades primitivas, el ayllu peruano, el callpuli mexicano, fueron aniquilados en todas las regiones en donde pisó el hombre de la nueva época; las formas tribales y patriarcales fueron reemplazadas por la trata de esclavos, por las encomiendas, las reparticiones y las mitas y los pacíficos cultivadores de la tierra fueron arrastrados por la fuerza al trabajo de las minas para extraer los metales codiciados. Los piadosos descendientes de los "pilgrim fathers" emprendieron la caza de los pieles rojas, poniendo precio, por decreto, al cuero cabelludo de los indígenas y alzando sus plantaciones de caña, tabaco y algodón, sobre los escombros de las cabañas. La sangre abonó el crecimiento de la nueva sociedad, tiñendo la aurora del capitalismo. Las protestas de los humanitaristas, como W. Howitt y Bartolomé de las Casas, quedaron como preciosos testimonios históricos. El Africa fué convertida en un vivero de esclavos, en una vasta jungla de caza del negro por el negrero. Los devotos puritanos sajones fueron quienes—sobre todo después de la paz de Utrecht—ejercieron el monopolio de la trata de hombres. Tales fueron los beatíficos procedimientos empleados en los países coloniales. En las metrópolis manufactureras los métodos solo se distinguieron por la forma: los antiguos campos de labranza fueron transformados en praderas para alimentar el ganado y obtener lanas y cueros y, en consecuencia, los hogares fueron asolados y el agricultor expulsado del terruño. Millares de niños poblaron los nuevos talleres y hasta se les empleó en las galeras de las minas. El trabajo a domicilio—ese mismo trabajo que la humanitaria señorita Gabriela Mistral propicia hoy, como una reivindicación, para las mujeres de América Latina—fué la modalidad en la que el capitalismo se introdujo en el hogar para despojarlo, para sojuzgar a la mujer, preparando su ingreso a la fábrica futura, en calidad de obrero hábil.

Paralelamente, el capital usurario transformó su rol de manera sustancial para adaptarse a los imperativos de la nueva era. Los usuarios de los pueblos comerciantes ascendieron a la categoría de prestamistas y acreedores del Estado. Al calor de los empréstitos, ayer como hoy, se incubó la Deuda Pública y a la sombra de ella emergió el Banco moderno, factor del crédito, con la prerrogativa de emitir moneda fiduciaria. Los banqueros iniciaron la construcción del edificio financiero sobre la base de la especulación, verdadero pillaje del peculio de todas las gentes, cuento del tío organizado en gran escala. Basta citar las famosas especulaciones de los tulipanes en Holanda, en 1634 y la de la Banca Law en Francia, en 1719, para dar una idea de las formas escandalosas de despojo empleadas por la finanza contemporánea, desde el día de su nacimiento. La organización de la Deuda Pública determinó el moderno sistema de impuestos, los que cayeron sobre la gran masa empobrecida y esquilma, agudizando su miseria, acelerando aún más, este brutal proceso de expropiación. Y finalmente, el proteccionismo aduanero, determinado por la concurrencia de las metrópolis manufactureras, impulsó el avance capitalista, al mismo tiempo que, encareciendo la vida, succionaba el último recurso de las manos de todos los expropiados.

El devenir y el escenario histórico sufrieron la transformación más profunda y más trascendental de todos los tiempos, transforma-

ción que significó una completa revolución en todos los órdenes. Cambia la estructura y el argumento del drama humano y este cambio se refleja en "la fisonomía de los personajes del drama. El antiguo poseedor del dinero abre la marcha como capitalista; el propietario de la fuerza de trabajo le sigue, en calidad de trabajador que le pertenece. El primero se dá importancia, desflora una sonrisa de satisfacción y parece preocupado; el segundo tiene el aire tímido y hace ademán de resistir, como alguien que ha vendido su propia piel y no espera ya sino ser desollado" (2). La civilización capitalista está en marcha, mánando sangre y lodo por los cuatro costados.

He aquí la pascua de la navidad gloriosa, he aquí el santo advenimiento de la nueva etapa. Como después de una plaga universal, surge en el planeta una muchedumbre vagabunda sin hogar y sin pan; muchedumbre sórdida, marchando en agotante peregrinaje hacia donde suena el esquilón de la primera fábrica. Antiguos productores, vendedores de los productos que elaboraban, no tienen ya nada que vender, sino sus fuerzas corporales. Se les ha separado violentamente del instrumento con que trabajaban, de la tierra que labraban. Les está vedado disponer, como antaño, del fruto de su trabajo. Antiguos propietarios han sido despojados de toda propiedad, han sido desposeídos, han sido expropiados. . . . "Esta dolorosa, esta espantable expropiación del pueblo trabajador, he ahí el origen, he ahí la génesis del capital" (13) Una nueva propiedad surge sobre los escombros de la otra: la propiedad capitalista. Dos nuevas clases, sobre todas las anteriores, que ván camino de la desaparición, aparecen en la Historia, separadas por un antagonismo irreconciliable: la clase burguesa y la clase proletaria. Una nueva mercadería aparece en el mercado, mercadería indispensable para la vida del capitalismo: el trabajo humano. Trabajo humano, única categoría económica capaz de crear valor.

Para que naciera el capitalismo fué necesario todo este proceso revolucionario, el más violento, el más ensangrentado de la Historia. La voluntad humana fué impulsada por un nuevo espíritu: "El espíritu capitalista, es el que ha operado esta transformación, rompiendo en pedazos el antiguo mundo. El espíritu de nuestros días, el espíritu que anima tanto al hombre del dólar como al mercader ambulante, es el espíritu que preside nuestros pensamientos y nuestros actos y que ejerce una influencia irresistible sobre los destinos del mundo" (14). Para reducir el trabajo humano a la calidad de mercadería, los detentadores del dinero tuvieron necesidad de abatir las viejas estructuras, de aniquilar las piadosas o poéticas concepciones del pasado, de derrumbar los anteriores sistemas. Para convertir su dinero en capital les fué imperioso poner en venta en el mercado el trabajo humano, les fué imprescindible crear las condiciones en las cuales era factible encontrar el trabajador libre. . . . Libre de todo género de vínculos con la propiedad, sin ningún producto material que vender, sin ninguna otra posibilidad de vivir que vendiendo su fuerza de trabajo. Libre, además, en el sentido de poder disponer de esa fuerza de trabajo como de un objeto venal cualquiera, ofreciéndolo a la venta sometido a las contingencias de la oferta y la demanda. Doble libertad en los códigos jurídicos, doble esclavitud en la realidad económica.

La medida del valor de la fuerza de trabajo está determinada por el valor del conjunto de objetos destinados al sostenimiento de la vida del trabajador en todos sus aspectos, o sea por el tiempo necesario para producirlos. Pero, el capitalista, a fin de obtener el lucro, la ganancia, única finalidad que él se propone alcanzar, obliga al obrero a prolongar la jornada de trabajo necesario más allá de este límite. Esta expropiación del trabajo, este sobre-trabajo rendido por el productor, es lo que forma el valor del cual se apropia el capitalista, es lo que constituye la plus-valía absoluta.

La multiplicación de las necesidades y la ampliación progresional del mercado de consumo, la concurrencia avivando la necesidad de producir más, la acumulación creciente del capital y la insurrección ascensional de la clase proletaria, son los múltiples factores que hacen forzoso el mayor perfeccionamiento de los instrumentos de producción. Los inventos científicos son aprovechados por el capitalismo y el hombre de ciencia, en todos los ramos y en todos los rangos, deviene un asalariado más o menos bien retribuido. Tales factores determinaron la implantación del maquinismo que desplazó ventajosamente a la manufactura. El antiguo taller manufacturero fué reemplazado por la usina moderna. El capitalismo industrial se erigió entonces en amo del mundo moderno y realizó la conquista de todas las fuerzas, de todos los sectores de la sociedad. El maquinismo no vino con el fin piadoso de facilitar el trabajo del obrero, ni de hacerle menos dura la tarea: ésa es una de sus consecuencias, ajena a la voluntad, a la intención y al propósito de la burguesía. El maquinismo vino con la finalidad esencial de aumentar la producción y el beneficio de sus detentadores. Este aumento gigantesco de la producción implica lógicamente una disminución de la jornada de trabajo necesaria. Es evidente que la jornada ha disminuído—de catorce y doce a ocho horas—pero en una proporción muy inferior al aumento de las fuerzas productivas. La diferencia en esta proporción, diferencia que engrosa el beneficio del capitalista, constituye una nueva forma de plus-valía, designada por el marxismo, plus-valía relativa. Una y otra no son, en su esencia, sino la expropiación del trabajo de la clase proletaria. Sobre la base de esta expropiación cotidiana del trabajo de los asalariados, descansa la infraestructura y la vida misma del sistema capitalista.

El advenimiento del industrialismo significó la hegemonía de este sistema sobre las modalidades ancestrales de la economía. El capital comercial, forma predominante y suprema de la etapa anterior, sentó una plaza subalterna, fué totalmente sometido por el capital industrial. Sobrevino la decadencia de los pueblos fundamentalmente colonizadores o comerciantes y el apogeo de los países industriales. La historia de la decadencia de Génova, Florencia y Venecia, Holanda, España y Portugal, es la historia del desarrollo del capitalismo, de la ascensión de pueblos industriales, tales como Inglaterra; es el agnismo entre dos sociedades disímiles: la una simplemente comercial y colonialista, la otra primordialmente industrial y burguesa. En esta lucha, el industrialismo tenía asegurada la victoria, pues llevaba la ventaja de dominar integralmente el proceso económico, en tanto que el capital comercial antecedente abarcaba tan sólo el segmento de la circulación. "El capital comercial, en su primera época, no es sino el movimiento intermediario entre dos extremos que él no domina, en-

tre dos hipótesis que él no crea Anteriormente a la sociedad capitalista, el comercio domina la industria; en la sociedad moderna sucede todo lo contrario . . . no es el comercio el que revoluciona la industria sino es la industria la que revoluciona el comercio". (15) El capital comercial de nuestros días se diferencia cualitativamente de su antecesor: lejos de ser el factor predominante en la economía, como lo fué el antiguo, se halla dominado en todas sus manifestaciones por la gestión del capital industrial o del capital bancario. Y, lo más importante, sus beneficios emanan no ya del fraude, favorecido por su intervención entre grupos lejanos y poco desarrollados, sino que son una parte de la plus-valía obtenida por el capitalismo industrial.

El Capital Financiero.

La inauguración de la era capitalista infligió una definitiva derrota al capital usurario. El establecimiento de la finanza, con su escuela de centralización del capital monetario en manos de los banqueros, la estructuración del crédito moderno y la supremacía del banco como intermediario en los pagos, condicionaron la reglamentación y la baja de los tipos de interés y de cambio, condenando a una muerte, lenta o fulminante, al usurero, cambista y movilizador de fondos. Los ásperos sermones de Martín Lutero contra la usura, encontraron sus realizadores pragmáticos en los financistas del capitalismo. En éste, como en los otros aspectos, el protestantismo se denuncia como una religión específicamente capitalista y burguesa.

A semejanza del capital comercial—simple intermediario en el proceso de la metamorfosis de las mercaderías—el capital financiero nació como simple intermediario en el proceso de la rotación del dinero. La pubertad de la finanza está marcada por una mera intervención en el proceso técnico que realiza el dinero en el desarrollo de la circulación. Pero la centralización de capitales, el fenómeno del monopolio, que se efectúa tan intensamente en el sector financiero, como en el sector industrial, ponen bajo la posesión y el árbitro del banco ingentes cantidades de dinero. Y el dinero, en la sociedad presente, ocupa la categoría de representante absoluto del valor venal, valor venal que ha llegado a alcanzar su tercera potencia: en el mercado bursátil no se cotiza únicamente el producto que excede a las necesidades del productor, ni tan sólo los objetos convertidos en mercaderías; se cotiza asimismo el trabajo humano, el honor, el saber, las ideas, los sentimientos, las acciones de los hombres. El alma fáustica, pletórica de cinismo, en flagrante decadencia, lucha ávidamente por obtener el alza de su precio. La supremacía del dinero, no solamente ha devenido incontestable y prácticamente decisiva, sino que el dinero se ha convertido en el motor sustantivo de todas las actividades económicas y sociales. De aquí que la finanza, desde su nacimiento, encarnara una ingente potencialidad hegemónica, la que solo podía mostrarse plenamente activa en el estadio del monopolio, estadio de la madurez capitalista.

El instrumento básico del capital financiero es el Banco; su vitalidad y desarrollo dependen de la extensión y velocidad del comercio, condiciones dependientes del desenvolvimiento de la producción industrial. El beneficio del capital bancario—como el beneficio del comerciante—no es sino una parte de la plusvalía industrial, que el

fabricante se vé obligado a ceder a sus intermediarios. El capital bancario, en consecuencia, necesita de la industria como de su savia vital. De otro lado, la industria tiene cada vez mayor necesidad de fondos y de créditos para incrementar y acelerar la producción. "El capital industrial pertenece cada vez menos a los industriales que disponen de él. Estos no lo obtienen sino gracias al banco, que, respecto a ellos, representa el propietario del capital. Por otra parte, el banco se vé obligado a invertir más y más fondos en la industria. Consecuentemente, deviene, cada vez más, capitalista industrial. Este capital bancario, este capital dinero, convertido en capital industrial, lo llamo "capital financiero". El capital financiero es aquel del que disponen los bancos y que los industriales emplean en la producción". (16)

Las inversiones bancarias en la industria, aumentan día a día, en progresión incesante; el establecimiento de toda nueva empresa industrial requiere, como condición ineluctable, el auxilio y la protección de los bancos; la moderna sociedad por acciones no puede funcionar sin su intervención y su concurso. De esta necesidad mútua, de esta constante inter-relación de sectores concurrentes que se disputan encarnizadamente la plusvalía, se desprende una de las contradicciones internas del capitalismo: el banco ambiciona ser más que un simple cliente del fabricante y éste trata de liberarse de la tutela del banco. La antinomia plantea una lucha intestina, que se agudiza intensamente en la etapa del monopolio. Ambos sectores buscan y enfocan la solución del problema: el banquero se convierte en propietario industrial y el fabricante trata de fundar su propio banco o de controlar o apoderarse de los existentes, deviniendo banquero, además de industrial. Tal solución solo es factible en una etapa avanzada del capitalismo. En el período en que la industria ha llegado a saturar los mercados de consumo o cuando la amplitud de sus recursos propios, acrecentados a causa del monopolio de la producción, consiente el empleo de éstos en una empresa diversa de la industria en sí. En el período en que los bancos, de simples intermediarios, llegan a convertirse en árbitros del dinamismo económico, merced a los cuantiosos capitales centralizados mediante el monopolio.

Corresponda la victoria a uno u otro de los gestores del capitalismo, el resultado económico es idéntico: capital industrial y capital bancario se funden en una sola entidad. La industria termina predominando, puesto que ella es la única que engendra y suministra la plusvalía. De cliente, muchas veces insumiso, el banco se convierte en uno de sus instrumentos de expansión, en una simple dependencia burocrática de la usina. La solución de esta antinomia, la síntesis de esta contradicción, la nueva modalidad que adopta el capitalismo en esta época, ha sido designada por la Economía Socialista, Capital Financiero—en su acepción novísima—y caracteriza la etapa de pleórica y objetiva madurez del capitalismo.

Solucionado este problema en el seno de la burguesía, sólo quedan en pie las contradicciones irreductibles: la concurrencia de los monopolios nacionales en el mercado mundial, cuyo corolario histórico es la guerra, y el antagonismo inconciliable de la lucha de clases. El avance victorioso del capital financiero implica la alta-tensión del monopolio y éste no es sino el aplastamiento, la desaparición de las capas sociales intermedias o ancestrales. Dos clases quedan frente a

frente, en el mundo y en la Historia, obligadas a librar la mas grande batalla de los siglos, por la conquista del porvenir: la burguesía y el proletariado. La burguesía no podrá jamás suprimir al proletariado; la desaparición de éste implicaría su propia desaparición. En tanto, el proletariado si puede suprimir a la burguesía, sin perjuicio de la Humanidad y vivir sin ella, en una armónica sociedad sin clases. Con siguientemente, el proletariado lleva sobre sí la responsabilidad de continuar y de hacer la Historia. Todas las clases pasarán y solo el proletariado quedará para suprimirlas: él es la clase inmortal; la clase a la que corresponde de hecho y de derecho la gestión de los tiempos que vendrán.

Eudocio RABINES.

PARIS, 1928.

- (1). — Leroy Beaulieu: "Précis d'Economie Politique" cap. IV.
- (2). — Charles Gide: "Principes d'Economie Politique" 7e. Ed. pág. 155.
- (3). — Aristóteles: "La République" cap. IX.
- (4). — Neurath y Sieveking: "Historia de la Economía", pág. 35.
- (5). — Sófocles: Antígona.
- (6). — La Voluspa canta que los crímenes y los pecados del mundo nacieron de la fusión del reino de las aguas primitivas, reino de los Wanés, con el reino de la luz, reino de los Ases; fusión originada por el oro que, durmiendo en el seno de los Wanés, cayó entre las manos de los Ases, merced a la intervención de los gnomos, diestros ladrones y hábiles artífices del metal precioso.
- (7). — Werner Sombart: "Les Bourgeois" pág. 22.
- (8). — id. id. L. c. pág. 374.
- (9). — id. id. L. c. pág. 39.
- (10). — Alex von Humboldt: "Examen critique de l'Histoire et de la Géographie du Nouveau Continent". T. II. pág. 40.
- (11). — Karl Marx: "Le Capital". T. I. pág. 161.
- (12). — id. id. L. c. T. I pág. 204.
- (13). — id. id. L. c. T. IV pág. 272.
- (14). — Wernet Sombart. L. c. pág. 29.
- (15). — Karl Marx: L. c. T. XI pág. 111, 112, 116.
- (16). — Rudolph Hilferding: "Das Finanz Kapital", pág. 339.